

ABELLÁN, Joaquín: *Nación y nacionalismo en Alemania. La «cuestión alemana» (1815-1990)*. Madrid: Tecnos, 1997. 283 páginas.
SCHULZE SCHNEIDER, Ingrid: *La Alemania de Bismarck*, Madrid, Arco Libros, 1996. 62 páginas.

No son muy numerosas las obras en lengua española que tratan de la historia de Alemania. Razón de más para ocuparnos de dos estudios que han aparecido recientemente y que, aunque por sus distintos enfoques presenten dificultades de comparación, coinciden en la época bismarckiana.

Abellán plantea en su libro el problema del nacionalismo alemán, un fenómeno difícil de abordar por su desarrollo particular, su complejidad y su actualidad. De antemano confirmamos que el autor acierta a un alto nivel científico en la esencia de la «cuestión alemana», comenzando por los movimientos nacionales del temprano siglo XIX y persiguiendo su evolución tras las rupturas de 1871, 1933 y 1945 hasta la reunificación en 1990. Además, el autor ni se limita a una mera narración de hechos políticos ni a la historia de las mentalidades, sino que analiza el problema también desde otras perspectivas comenzando por la historia de las instituciones, pasando por su impacto internacional y llegando a los contextos culturales. El enfoque es interesante y aporta a los lectores españoles nuevos conocimientos sobre la llamada «cuestión alemana». ¿Quién, por ejemplo, ha oído hablar de los regeneracionistas alemanes como Lagarde y Jungbehn si no se dedica a la germanística en la enseñanza o en la investigación?

En la primera parte (capítulos 1 y 2) Abellán ubica el origen del nacionalismo en la reacción de la *Kulturnation* contra la ocupación de territorios alemanes por Napoleón y menciona a partir de aquel entonces los momentos más cruciales del movimiento nacional: el temprano asociacionismo estudiantil, el fracaso nacional en la revolución de 1848/49 y la formación problemática de la *Staatsnation* desde arriba, sacrificando libertades para conseguir la unidad, una unidad que rechaza toda agrupación no alemana del nuevo imperio. Quizá habría sido interesante ilustrar lo excluyente que era el nacionalismo alemán desde sus principios, puesto que ya en las primeras reuniones

estudiantiles se quemaron libros de los llamados enemigos nacionales y se podían observar tendencias antisemitas.¹

El estudio de Schulze Schneider sólo trata la época de Bismarck, en la cual la cuestión del nacionalismo es, evidentemente, un tema crucial. Coincide con el libro de Abellán en la época de los años fundacionales, pero la serie *Cuadernos de Historia* se dirige preferentemente a estudiantes de bachillerato, por lo que su enfoque tiene que ser bien distinto. En tres capítulos la autora resume los hechos más importantes que llevan a la unificación alemana de 1871 y describe la situación en el segundo imperio hasta la caída de Bismarck en 1890 desde los puntos de vista de la política interior y exterior sin olvidarse de la vida económica, social y cultural. Poco se puede reprochar a un ensayo tan corto redactado bajo el dictamen del predominio de la historia de acontecimientos. Quizá faltaría mencionar como primer punto culminante de la historia del nacionalismo alemán la reunión del Wartburg en 1817 y sería deseable alguna distinción en cuanto al nacimiento y desarrollo de los partidos políticos después de la revolución del 48. De poca importancia pero corregible resulta el anacronismo de llamar *Land* (p. 38) a cada una de las regiones que componen la nueva confederación de 1871 (hablamos de los 25 *Staaten*, *Bundesstaaten* o *Einzelstaaten*). Sus privilegios son mayores de lo que indica la autora: propia representación diplomática para todos, Baviera y Wurtemberg disponen además de sus propios ejércitos y compañías de correos. A veces el lector echa en falta más diferenciaciones: los judíos fueron, y aquí tenemos que estar de acuerdo, «totalmente emancipados por la Constitución del Reich» (p. 46), pero se debería haber mencionado para facilitar una imagen exacta, que ya a finales de los años setenta el movimiento antisemita entró en la fase de su organización política y consiguió anular esta igualdad constitucional. Pronto los judíos no pudieron ocupar puestos de altos funcionarios ni cargos en la cúspide militar. Cuando la autora habla del historicismo en la literatura (p. 56) debería haber explicado la función de la nueva utilización de la historia para la identificación de la joven Alemania sin fundamento histórico.

Lo único realmente problemático es la insistencia en este libro seguramente útil, en las anécdotas sobre Bismarck, el Emperador y la mujer de éste (p. 20). De esta forma se presenta un concepto de la historia que no me parece oportuno que asuman ni los alumnos del bachillerato ni los estudiantes universitarios.

Volvamos a la monografía de Abellán quien, dentro de su enfoque de la cuestión nacional, trata en la segunda parte (capítulos 3 y 4) de la Alemania del siglo veinte hasta la reunificación que tuvo lugar en 1990. El autor consigue demostrar la continuidad de un nacionalismo excluyente y antiliberal desde finales del siglo XIX hasta el Tercer Reich. Menciona a los más importantes pensadores, políticos y agitadores que se pronunciaron sobre las ideas de la nación y de las razas desde la perspectiva antidemocrática. Y no falta en este contexto la inclusión del novelista Ernst Jünger, que bajo la influencia de la Primera Guerra Mundial defendió en la República de Weimar un nacionalismo heroico-bélico con elementos antisemitas. Parece una intere-

¹ Véase por ejemplo el artículo de Heinrich von Berenberg, «Ein heilsichtiger Epigone. Über Karl Immermann»; *Freibeuter* 62 (1994) 108-114, donde se opina en la página 110 «daß um 1815 jener vielbeschworene deutsche Sonderweg abzweigte, der erst 1945 an seine Endstation gelangte.»

sante opción recurrir a la literatura para ilustrar fenómenos más amplios, y el autor la reutiliza en el último capítulo donde a través de escritores como Botho Strauss o Martin Walser consigue explicar el giro en la sociedad de la RFA hacia un nuevo sentimiento nacional a partir de los años ochenta, este nacionalismo que justamente después de la barbarie del Tercer Reich parecía haber sido abandonado.

Meritoria resulta la claridad no polémica con la que se pronuncia Abellán. El observador consigue el alto valor de la imparcialidad en sus diferenciaciones por ejemplo cuando trata las ideas nacionales de Carl Schmitt o de Oswald Spengler o en el último capítulo donde demuestra claramente cómo la cuestión alemana se relaciona con las decisiones de los poderes vencedores a la hora de reorganizar Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Abellán explica los pasos sucesivos sin entrar en el discurso ideológico de la guerra fría (aunque con predominio de bibliografía publicada en la RFA) y destaca algunos personajes como por ejemplo Jakob Kaiser, que cincuenta años después de su valiosa contribución a la política alemana, parece ser olvidado sin motivo.

La exhaustiva monografía se cierra sin olvidar tampoco el reciente debate de los historiadores e incluso aludiendo a la nueva problemática después de la caída del muro de Berlín, cuando las diferencias entre los ciudadanos alemanes del oeste y del este parecen agravarse.

Quizá se podría añadir de forma crítica que en los dos últimos capítulos tiene un peso excesivo la historia de los acontecimientos, la enumeración de conferencias, y tratados, el vaivén entre los poderes vencedores, por lo que el lector pierde un poco de vista el desarrollo del nacionalismo en ambos Estados alemanes. Los procesos políticos conllevan un cambio del *habitus* y de las mentalidades que se debería haber destacado más. En la RFA se observaba después de la Segunda Guerra Mundial cierta prudencia en cuanto a las manifestaciones del sentimiento nacional y se hablaba incluso del final del nacionalismo después de Auschwitz. La energía que los alemanes gastaron en la construcción de Europa se interpreta entonces como compensación de esta pérdida. Pero ahora, después de la reunificación crece de nuevo el patriotismo y las organizaciones de índole nacionalista cobran nueva importancia. Toda conclusión sobre este hecho sería especulación y Abellán hace bien en renunciar a tratar estas posibles consecuencias de la nueva situación. Acojo, sin embargo, con escepticismo la visión positiva del futuro por parte del autor, puesto que el nuevo nacionalismo, los neonazis, cabezas rapadas y skin heads, la agresividad contra extranjeros, el discurso excluyente y la aparición de cada vez más símbolos nacionales en público evocan peligros aún no olvidados.

La presentación del libro es buena. En todo caso debería haberse puesto más atención en los títulos de algunas de las obras citadas y en nombres en alemán que aparecen en las notas a pie de página (por ejemplo en las pp. 43, 92, 102, 165, 189, 244, 248). Cuando se habla en la página 80 de Léon Gambetta habrá que corregir que en este momento no era presidente, sino ministro del interior (y más tarde, de 1881 hasta 1882, primer ministro). Mac Mahon, sin embargo, entre 1873 y 1879 era presidente y no formó parte de ningún gobierno de la Tercera República Francesa (p. 88).

Aunque ninguna de las dos obras reseñadas aporte nuevas conclusiones en el marco de una determinada perspectiva investigadora debemos insistir en su utilidad tanto para los profesores como para el alumnado que en España se interesan por la historia de Alemania.

Arno Gimber